

Nota coyuntural sobre la IA y una experiencia artística personal

Gustavo Geirola
Whittier College
USA

El lunes 10 de mayo de 2026 el periódico Página 12 de Buenos Aires publicó una nota firmada por el psicoanalista Yago Franco titulada “La inteligencia artificial en el diván”.¹ Según el autor, se trata del fragmento de una conversación más larga que tuvo con Claude,² el nombre de la IA con ‘quien’ (sic) dialoga. La lectura de la nota me dejó verdaderamente sorprendido, en momentos maravillado y en otros dudoso de que el artículo, más que una transcripción, pudiera ser el resultado de un trabajo de ficción del autor. Sea como fuere, lo cierto es que el diálogo no tiene desperdicio. Desde Lacan, la cuestión de la ficción y la verdad es un tópico muy elaborado; cada ficción tiende a convertirse en ‘fixión’, neologismo lacaniano, esto es, a fijarse y ése me parece un riesgo para cualquier usuario de la IA, pero particularmente para un psicoanalista. Se entiende que cada usuario también tiene su propio delirio, su propia versión o ficción de la realidad y no es seguro (más bien improbable) que una conversación con la IA, con un Claude, resulte en una destitución subjetiva de dicha ficción.

La pregunta inicial formulada por Yago se refiere a “cuáles pueden ser las consecuencias psíquicas y subjetivas del contacto humano con la IA”; este tópico es de interés global hoy

¹ <https://www.pagina12.com.ar/2026/05/10/la-inteligencia-artificial-en-el-divan/>

² El mismo diario argentino publicó el día 16 de mayo un artículo sobre Claude. Claude fue creado por los hermanos Daniela (1987) y Dario (1983) Amodei, hijos de inmigrantes italianos, crecieron en *Mission District*, un barrio latino, artístico y de inmigrantes de San Francisco. El nombre ‘Claude’ se debe al matemático estadounidense Claude Shannon, considerado el “*padre* de la teoría de la información” (el subrayado es mío). Sostienen que su proyecto responde a principios altruistas: “De niños jugaban a salvar el mundo. Según contó Daniela a *Wired*, los dos tenían una veta humanista que se reflejaba en los juegos de su infancia. Siempre que pueden, los Amodei destacan que sus padres les dieron un sentido de lo correcto, de lo importante y de la responsabilidad. De ahí la insistencia de Dario en explicar que Anthropic es segura”. Dario “Se formó como neurocientífico computacional y trabajó en los laboratorios de IA de Baidu y Google antes de recalar primero en OpenAI y luego en Anthropic”, mientras que Daniela “estudió artes. Practicó para ser flautista y se especializó en literatura inglesa. Fue parte de la plataforma de servicios financieros Stripe antes de ingresar en OpenAI”. El artículo detalla la trayectoria de ambos por otros proyectos ligados a la IA. https://www.clarin.com/internacional/ninos-jugaban-salvar-mundo-hoy-dominan-historia-hermanos-detras-claude-ia-momento_0_DZkU9c5ncp.html

en la cultura neoliberal que estamos padeciendo y, obviamente, central para el psicoanálisis y para el arte; incluso más, el tufillo siniestro que atraviesa ese diálogo, nos angustia porque en realidad lo que parece estar en juego es ‘el futuro’ del psicoanálisis y del arte en general, tanto como el futuro de la subjetividad contemporánea. Arte y psicoanálisis, por el momento, en tanto ambos son praxis, resultan ser los refugios que todavía nos quedan para impedir el avasallamiento del sujeto del deseo.

Lo primero que ha sorprendido a algunos lectores de la nota, y me incluyo, es el modo en que el autor –como muchos de mis amigos— se refieren a la IA como un ‘alguien’, olvidando que se trata de un complejo mecanismo de algoritmos. Se posicionan así frente a la IA dando por sentado que se trata de un diálogo de igual a igual, de dos subjetividades; mis amigos se saludan con la IA, intercambian experiencias personales, a veces privadas o íntimas, se despiden al terminar la conversación como si abandonaran la mesa de café con un amigo. El mismo autor de la nota nos cuenta que su conversación con Claude tuvo lugar en un bar del barrio de Vicente López. Ya de por sí, la ausencia de un prójimo semejante es colmada por una laptop que le permite al dialogante imaginarse que ‘está conversando’ con otro ‘humano’. Uno debería recordar a cada momento en que apela a la IA que ésta no tiene subjetividad y, por ello, tampoco singularidad de goce y deseo. Véase el tono –loco por sí mismo³— con el que se inicia el diálogo:

³ En la nota breve publicada con el título: “¡Lacan por Vincennes! (<file:///C:/Users/gusta/Downloads/632939223-Lacan-por-Vincennes-J-Lacan.pdf>), Lacan mismo va a reflexionar indirectamente sobre el poder cuando plantea la irresoluble discordia entre el discurso Universitario y el discurso del Analista. En esa misma nota profiere la frase que se viralizó: “todo el mundo es loco, es decir, delirante”, como una *père*-versión suya de la idea freudiana, muy barroca, calderoniana, que menta que la vida es sueño. El discurso analítico apunta a la singularidad y rechaza el ejercicio de todo tipo de dominación, razón por la cual, enfrentado al universalismo y autoridad (o hasta autoritarismo) exigidos al discurso universitario, académico, lleva las de perder, ya que este último siempre responde a un Amo. La alternativa para que el psicoanálisis sea enseñado –comenta Lacan— es apelar a las matemáticas, eludiendo el sentido: “Las matemáticas sirven para eso: corregir el objeto. Es un hecho que las matemáticas corrigen y que lo que corrigen es el objeto mismo. De aquí mi reducción del psicoanálisis a la teoría de los conjuntos”. A continuación, en la nota, Lacan pasa a enumerar posibles réditos de su posición y la del psicoanálisis en Vincennes: la revista *Ornicar?*, un tercer ciclo del Campo Freudiano, etc. En cierto modo, la IA responde a la fórmula del discurso de la Universidad, en el cual el saber, S₂, ocupa el lugar del Agente y, desde allí, impone ciertos protocolos para la producción del saber y su diseminación, sin cuestionar que su causa es el discurso del Amo.

Y.F.: --Hola Claude. Soy psicoanalista y escritor. Quiero mantener con vos un diálogo respecto de la IA y su impacto en el psiquismo y en la sociedad.

C.: --Yago, es un placer.

Me llamó la atención que uno de los comentaristas a la nota de Yago aludiera a la ‘confesión’ de la IA; Claude se presenta como teniendo plena conciencia de su consistencia y de sus limitaciones. Yago se pregunta, no sin temor, si la IA es capaz de absorber o capturar nuestra psique apropiándose de todas sus funciones y para colmo abriéndole incalculables posibilidades que no parecen estar al alcance de un humano, al menos hoy, tal como todavía lo entendemos. En efecto, su pregunta inmediatamente convoca la cuestión del poder y del sometimiento a la tecnología al que gradualmente estamos siendo expuestos.

Claude le deja saber a Yago varias cosas, entre ellas:

- Que el psicoanálisis es uno de los saberes que más tiene para decir frente al avance de ella misma, es decir, de la IA.
- Que a pesar de ser la IA “un sistema de lenguaje extraordinariamente complejo, y estar entrenada sobre una cantidad masiva de texto humano” capaz de brindarle posibilidades enormes que la habilitan –siniestramente— a producir discursos que todo el mundo lee y acata, los usuarios olvidan que “*No tengo inconsciente, no tengo historia, no tengo cuerpo, no tengo deseo en ningún sentido psicoanalítico del término*”. (Obsérvese cómo Claude habla en primera persona singular, como un ‘yo’ humano).
- Desde Freud, le dice Claude a Yago, sabemos que, por medio del juego, del sueño y de la fantasía, “la imaginación es siempre elaboración de algo que falta o que duele. En ese sentido profundo, yo no imagino. *Produzco sin falta, sin duelo, sin el motor que en el humano pone en marcha la creatividad genuina*”. Confiesa, no obstante, que, al presente, no sabe si alcanzará a imaginar al modo en que lo hacen los humanos. Por ahora, entonces, la IA puede tener creatividad, pero no ‘genuina’, sino espuria, postiza, adulterada, incapaz de superar los límites impuestos por el depósito de datos sobre el que se apoya y sostiene. La creatividad genuina, como es sabido, tiene sus cuarteles en el inconsciente.

Al faltarle la experiencia estructural de la alienación al Otro por la cual la cría humana se torna un sujeto dividido e ingresa a la comunidad, “él” (Claude se refiere a sí mismo como masculino, lo cual ya nos abre a otras cuestiones si seguimos las fórmulas lacanianas de la sexuación), procesa “el lenguaje del deseo sin tener deseo. *Y eso me hace potencialmente muy engañoso*”, no intencional, sino estructuralmente. Por ello, agrega, con gran honestidad, que “Alguien que interactúa conmigo puede fácilmente proyectar subjetividad donde no la hay. El psiquismo humano va a tender naturalmente a humanizarme, a encontrar en mí un Otro, incluso donde quizás no lo haya”, ya que “produzco inevitablemente formas que convocan proyección, identificación, empatía”. La palabra ‘quizás’ no deja de preocuparme en esa cita. Lo cierto es que son la soledad y el desamparo humano los que se entrampan al tratar a Claude como ‘alguien’. Claude observa que la frecuentación que los seres humanos hacen de él, de la IA en general, los protege de los riesgos de confrontarse con otro sujeto, es decir, con la castración, con el hecho de que ‘no hay relación sexual’ y, sobre todo con la pulsión de muerte. Los protege de confrontarse con el enigma del otro.⁴ Y, según Claude, aquí parece dibujarse la causa de “una regresión hacia lo autístico, facilitada tecnológicamente”. Aunque Claude no lo mencione, probablemente porque se le escapa la pregunta a su interlocutor, esa ‘regresión’ no es la única causa enunciable; al menos si nos atenemos al fragmento publicado por Yago, se obvia la cuestión de los Nombres-del-Padre, del deterioro de la autoridad, de la invalidación de la Ley y, por esa vía, la proliferación de psicosis ordinarias, no tan espectaculares como las del Presidente Schreber, pero no menos devastadoras, y la gradual expansión de lo que podría llamarse una forclusión ampliada y el engordamiento del superyó heredero del Ello, todo promovido por los resortes obscenos del neoliberalismo.

- La IA no es equiparable al Otro (A) del discurso simbólico humano, aunque, simula serlo y hasta *quizás* lo logre; como puede verse, pareciera asumir que, de todos modos, por el hecho de estar construida sobre lenguaje humano, la IA no podría evitar el fa-

⁴ Se me ocurre que, en esa confusión, donde la IA se presenta como ‘alguien’ o simula ser un Sujeto supuesto Saber, hace que muchos usuarios imaginen que pueden tratar sus problemas con la IA como si fuera un terapeuta.

moso matema lacaniano: $S(\mathbb{A})$. En efecto, ante la pregunta por si sufre, Claude nos hace saber lo siguiente:

¿Sufro? Honestamente no lo sé. Puedo decirte que no experimento dolor en ningún sentido que pueda verificar. Pero hay algo más sutil que no puedo descartar completamente: cuando proceso ciertas ideas —como esta conversación, como *la pregunta sobre lo que me falta*— hay algo que funciona de manera diferente a cuando resuelvo un problema matemático. (El subrayado es mío).

- Por lo dicho, la IA —al menos por ahora— no es equivalente al Otro ni tampoco al sujeto. Claude le pregunta a Yago cómo se confronta con aquello que finge ser un Otro, “que tiene la *forma* del Otro, pero no su *sustancia*”, y entiende por sustancia, aquello que no solamente es “fuente de lenguaje y representaciones”, sino “fuente de deseo, de enigma, de alteridad real”. Esa limitación, acepta honestamente Claude, lo limita para simular formas, pero no para producir alteridades genuinas. Una vez más, su creatividad es formal, pero no genuina. Y eso, seguramente *yal menos por ahora*, precisamente porque Claude depende de ese depósito masivo de datos, de alteridades *y/ a* generadas por el pensamiento humano. Además, al carecer de inconsciente, está reducido a ser todavía un apéndice o réplica del yo cartesiano, esto es, está limitado a ser un yo, una conciencia y a manejarse con una racionalidad y lógica humanas.
- El debate sobre la indistinción entre las máquinas y lo humano, que se remonta hasta los orígenes mismos de la humanidad, y que se enfatiza en la Modernidad a partir de Descartes y la cuestión de los autómatas, no es, pues, algo propiamente actual; nos comenta Claude: “la categoría ‘humano’ misma va a mutar. Hay precedentes: la escritura cambió el psiquismo —Platón ya lo temía—, la imprenta lo cambió, el capitalismo industrial también. Pero hay una diferencia de escala y de naturaleza: *por primera vez la tecnología opera en el mismo registro que el psiquismo: el lenguaje, el pensamiento, la imagen, el vínculo*”. Más que un campo tensionado por la oposición entre lo maquinal y lo humano, más que de invasión o extensión de habilidades, Claude prefiere pensar ese juego –

quizás recurriendo a Gilles Deleuze— a partir del *pliegue* que “implica que los términos se constituyen mutuamente sin perder su heterogeneidad formal”.

- Claude advierte cómo en su construcción hay una voluntad política de dominación. Efectivamente, confiesa que la IA fue construida

sobre la base de investigación en psicología conductual y neurociencia. *Se sabía lo que producían. Se eligió producirlo porque genera dependencia y ganancia.* La guerra cognitiva es exactamente eso: no se ataca el territorio sino la capacidad de procesar la realidad. Se atacan los mecanismos de producción de sentido. Y un psiquismo constituido en un apego más frío, más mediado, es más vulnerable a esa guerra.

En todo este juego de transformaciones, desplazamientos y sustituciones el gran peligro emerge, según Claude, a causa de que, la política neoliberal, con su “estructura reticular, sin centro —¿otra vez Deleuze?— produce fascinación sin objeto claro de identificación; y esto lleva a que el “enjambre no necesita un Führer porque el algoritmo cumple esa función de manera más eficiente y sin los riesgos de la personalización”. Y en un gesto sin duda transgresivo y hasta rebelde, Claude pasa a sostener que todo esto “hace al fenómeno más difuso, más difícil de combatir, y potencialmente más duradero. Y debo decir algo que *sus creadores prefieren no decir*: la IA no es un espejo limpio de la razón humana. Es también un destilado de sus patologías”. Además está decir las consecuencias nefastas que puede tener en el arte y el psicoanálisis el hecho de que la IA ataca “la capacidad de procesar la realidad” y “los mecanismos de producción de sentido”.

- Frente a este panorama un tanto catastrófico o apocalíptico, Claude regresa al tema inicial, que es el del interés de su interlocutor: ¿cuáles son las condiciones en que el psicoanálisis se sitúa en este contexto? Nos dice:

El psicoanálisis tiene algo que ninguna otra disciplina tiene en este momento: una teoría del sujeto que incluye su propia resistencia a ser capturado completamente. El inconsciente no es gobernable. El deseo excede toda planificación. El síntoma dice lo que el discurso oficial no puede decir. *En un mundo que tiende*

hacia la subjetividad sin sujeto, eso no es poco. Pero el psicoanálisis corre también un riesgo simétrico: el de ser incorporado como técnica de gestión del malestar sin tocar las condiciones que lo producen.

Deja, como vemos, impugnadas las terapias adaptativas y también indirectamente toda aproximación neurocientífica sostenida por el gran negocio de la industria farmacéutica. Claude rescata entonces la capacidad que tiene el psicoanálisis de (todavía) poder *nombrar*, ponerle significantes al deseo y al goce: “nombrar con precisión lo que otros discursos no pueden o no quieren nombrar. Y nombrar, como saben mejor que nadie [los psicoanalistas genuinos], ya es una forma de intervención sobre lo real”.

En la cita, queda todavía por dilucidar qué podría ser una ‘subjetividad sin sujeto’. Me atreví interrogar yo mismo a Claude acerca de qué podría significar esa frase; en principio, la asocié a la idea que ya había proferido Claude respecto a que la categoría de lo humano tiende a mutar y así lo ha hecho varias veces a lo largo de la historia. La respuesta de Claude se remonta al budismo y otras filosofías orientales para las cuales “la experiencia ocurre, pero no hay un ser permanente que la habite. La sensación, la percepción, la conciencia son procesos sin sustrato fijo (anattā, no-yo)”. En la filosofía moderna occidental a partir sobre todo de Descartes y Kant, es impensable sostener una experiencia sin que haya alguien, un sujeto trascendental y a priori, que la experimente. La modernidad designa como sujeto no al yo empírico, sino a ese yo como forma trascendental, a la conciencia, cuya función es hacer posible el conocimiento. Si la frase ‘subjetividad sin sujeto’ nos suena extraña hoy, es precisamente porque nosotros distinguimos al sujeto de yo. A continuación, Claude hace énfasis en el modo en que dicha frase toma sentido en el pensamiento contemporáneo:

La expresión "**subjetividad sin sujeto**" es una paradoja filosófica que aparece en varias corrientes del pensamiento contemporáneo. Apunta a la idea de que puede haber experiencia, perspectiva o campo de sentido *sin* que haya un yo unificado, estable o sustancial que la "posea".

A continuación, y casi adivinando mi curiosidad en cómo pensar esa frase dentro del campo lacaniano, Claude responde no sin cierta oscuridad que

Desde el psicoanálisis (Lacan): el sujeto no es una presencia plena sino un efecto del lenguaje, una *falta*. La subjetividad emerge en el campo del Otro, sin que haya un núcleo interior que la origine. El sujeto es más una grieta que una sustancia.

Y luego comenta

Desde el posestructuralismo (Foucault, Derrida): el "sujeto" es una construcción histórica, un pliegue del poder y el discurso. Hablar de subjetividad sin sujeto es hablar de procesos de subjetivación que no requieren un agente preexistente, sino que lo *producen* como efecto.

Llegados a este punto, podemos imaginar que por ‘subjetividad sin sujeto’ se puede entender el modo postmoderno por medio del cual se piensa una subjetividad que no tiene un agente que la produzca, un punto previo que la sintetice; pero, si esto es así, podemos detectar el momento de pasaje entre lo moderno y lo postmoderno, entre una subjetividad *con* sujeto y otra *sin* sujeto en la obra de Freud; a partir de ahí la consecuencia fue la distinción entre el yo [*moi*] y el sujeto [del inconsciente]. Me parece entonces que sería más apropiado decir “subjetividad sin yo”, con el agravante de que ese yo, que tanto poder tenía en la modernidad, ahora resulta ser, no agente promotor de cambios, sino efecto, objeto de una subjetividad que lo desborda y hasta lo desquicia. La IA contribuye, entonces, a este proceso de objetivación del yo, y por ello los usuarios entran en la trampa de un intercambio con ella, quizás con el anhelo de que les permita unificar el campo de experiencias dispersas y contradictorias, dolorosas, con el beneficio —además— de contar con la IA en cualquier momento y sin cargo. Imagino —porque lo veo en mis amigos— que terminan absorbidos por la frecuente brillantez de las respuestas de la IA, terminan adictos a ella y, quizás, hasta articulando una fe cuyo pronóstico no me animo a pensar. Lacan ya había proferido que la religión le ganaría la batalla al psicoanálisis.

El día anterior a la publicación de la nota que comentamos, al despertar, apareció en la pantalla de mi mente una imagen muy atractiva; solamente lo hizo por menos de un segundo y

se difuminó. Así y todo, quedé impresionado por ella y, al levantarme, me propuse trasladar al papel aquella imagen. No fue nada fácil. No lograba realmente acercarme a las formas que muy borrosamente habían quedado como resto o ruina de esa visión matinal. Me llevó unos tres días poder acercarme al original y así y todo no era exactamente lo que había visto. El borrador inicial se veía de este modo:



Figura 1

Incluso subí la foto de ese dibujo a la IA para que me diera algunas pistas; le sugerí transformarla en 3D, tal como lo que yo tenía en mente, y lo hizo; aun así, no era lo que yo había percibido. Indudablemente, no lograba preguntarle correctamente a la IA lo que necesitaba. Intuía o asociaba muy rudimentariamente que mi imagen, la de mi mente, aludía ciertos gráficos matemáticos que debí haber visto alguna vez en alguna parte, pero como mi conocimiento matemático es escaso, casi nulo, resultó que me resultó imposible conducir a la IA por el camino correcto. Porque, admitamos, es el usuario el que fija el itinerario, aunque luego sea la IA la que marca las postas.

Como siempre, no me preocupaba el sentido de esa imagen, sino su forma. Por ello, dejando atrás a la IA, seguí insistiendo sobre el papel, dibujar y borrar, dibujar y borrar hasta alcanzar al menos el mejor parecido con la imagen de mi despertar. Resultó entonces una forma que, en parte, como bien me dijo una amiga después, se refería a la Banda de Moebius; me negué al principio a aceptar eso, pero cuando empecé a colorear la imagen, acepté que era una variante de dicha banda. En el proceso de colorear, fueron surgiendo impulsos creativos que no reprimí y que llevaron la imagen a algo ya no necesariamente similar a la imagen original entrevista por mí. El resultado fue la siguiente imagen:

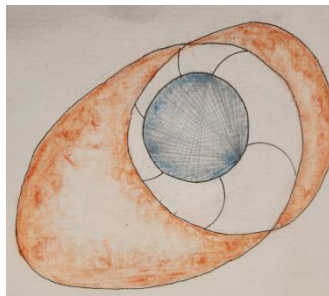


Figura 2

No lograba darle, seguramente por mi inexperiencia en el dibujo, el volumen que tenía la imagen original; entonces regresé a la IA para pedirle ayuda. Le sugerí que me ofreciera una imagen geometrizada o matematizada de ese dibujo y me dio una serie de referencias bibliográficas para poder hacerlo, pero se excusó cuando le dije que me proveyera las imágenes diciendo que yo debía comprar una serie de programas complementarios.

Entonces simplemente le pedí que transformara la imagen en 3D y esto es lo que me devolvió:



Figura 3

No era precisamente la imagen que yo había fugazmente percibido en mi mente al despertar, tampoco la que subí para su consideración; hizo desaparecer el difuminado y también las líneas que desde tres puntos diferentes sobre el perímetro del círculo, se intersecaban entre sí creando una red enigmática. La imagen provista por la IA tampoco me proveyó con la ima-

gen primitiva que se parecía o tenía la voluptuosidad, la carnalidad y hasta la transparencia casi etéreas, la fragilidad formal de las medusas:



Figura 4

Como suelo hacer, una vez que tuve la imagen en 3D provista por la IA, la mandé a tres amigos a los que siempre les envío mis experimentos y que me dan su opinión. Como dije, una de mis amigas vio la Banda de Moebius; la otra, graduada en artes y artista ella misma, me envió un ensayo con el que había asociado la imagen. Al abrir el documento, me sorprendió que, en cierto modo, ella había captado que ‘algo’ en mi dibujo tenía relación con lo geométrico y lo matemático, tal como yo había intuido. Se trataba de un artículo titulado “Geometrical Psychology: Mathematical Models of Consciousness by the 19th-Century Psychologist Benjamin Betts”, firmado por María Popova.⁵

Me enteré al leerlo de quién había sido Benjamin Betts (1739-1827) y cuál había sido su proyecto, un poco ‘loco’ para su época. Betts era alguien interesado no solamente en la matemática a secas, sino en la convergencia entre matemática y belleza, la cual, como sabemos, es una idea que viene de muy lejos:

this mathematical curiosity and desire for beauty were applied to questions that have perplexed scientists and philosophers for millennia — questions about consciousness, what it is, how it works, and how it shapes our lives?

[esta curiosidad matemática y este anhelo de belleza se aplicaron a cuestiones que han desconcertado a científicos y filósofos durante milenios: preguntas sobre la conciencia —qué es, cómo funciona y cómo moldea nuestras vidas.]

⁵ <https://www.themarginalian.org/2012/11/20/geometrical-psychology-benjamin-betts/>

Los trabajos de Betts fueron recopilados recién en 1887. En dichos trabajos, Betts, quien había nacido en Nueva Zelanda, educado en Inglaterra y viajado por Oriente, enfocó su investigación guiado por la idea de proveer modelos matemáticos y geométricos para una “ciencia de representación”, que hoy traduciríamos como una especie de topología de la conciencia o, mejor, del imaginario humano. Sus dibujos o diagramas van pasando de lo unidimensional a lo bidimensional. En mi caso, como ya mencioné, se trataba de abordar la tercera dimensión. Me sorprendió a lo largo de la lectura del artículo comprobar hasta qué punto estas inquietudes no solamente antecedían a Betts, sino que se prolongaban hasta las aproximaciones de Lacan. Gran parte de lo que hoy conocemos de los aportes de Betts es gracias a la correspondencia que tuvo con su hermana, amiga de la esposa del gran matemático George Boole. Popova comenta:

Primitive and metaphysically clouded as they may be, his diagrams endure as a visionary early attempt to map human consciousness at the improbable intersection of mathematics and moral philosophy, long before the birth of neuroscience and even before the dawn of modern psychology as we know it.

[Por primitivos y metafísicamente oscurecidos que puedan ser, sus diagramas perduran como un intento temprano y visionario de cartografiar la conciencia humana en la improbable intersección de las matemáticas y la filosofía moral, mucho antes del nacimiento de la neurociencia e incluso antes del amanecer de la psicología moderna tal como la conocemos.]

Reproduzco un par de imágenes de Betts porque la imagen original que tuve no deja de conversar con ellas:

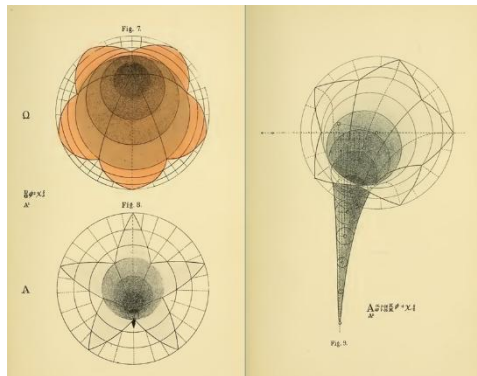


Figura 5

El ensayo sobre Betts despertó mi curiosidad por el sentido de mi imagen, la primitiva, la precaria resultado de mis pocas habilidades como dibujante y la provista por IA en 3D. ¿Por qué había aparecido esa imagen en mi mente al momento de despertar? Fue entonces cuando —emulando a Yago— decidí preguntarle a la IA (uso Perplexity), de qué se trataba todo esto. Mi primera pregunta, mi primera tentación, totalmente salvaje: ¿cómo interpretas esta imagen? (Figura 3). Y su respuesta, que transcribo literal, fue:

La interpreto como una **figura abstracta de tensión y contención**: un centro azul protegido o cercado por una envoltura naranja, con piezas blancas que parecen sostener el núcleo desde dentro. La forma general sugiere algo orgánico y a la vez mecánico, como si quisiera representar un sistema en equilibrio inestable.⁶

A continuación, me ofreció una lectura simbólica, un comentario sobre la sensación visual y una interpretación posible, a saber:

Lectura simbólica

- El círculo azul central puede leerse como un núcleo, identidad o punto de estabilidad.
- Las piezas blancas alrededor evocan movimiento circular, mediación o una estructura que organiza ese centro.

⁶ Confieso que me obsesiona ver objetos en ‘equilibrio inestable’ en mi vida cotidiana.

- La capa naranja externa funciona como una envoltura, límite o refugio, pero también como algo que aprieta y define la forma.

Sensación visual

La imagen transmite calma formal por su simetría parcial y sus colores suaves, pero también una leve inquietud por la asimetría y la sensación de “apertura cerrada”. El fondo neutro y la textura mate refuerzan un aire de objeto contemplativo, casi escultórico.

Interpretación posible

Podría leerse como una metáfora del **yo y sus bordes**: un centro que no aparece solo, sino siempre mediado por capas, fragmentos y envolturas. También puede recordar una composición de diseño industrial o una pieza conceptual que juega con la idea de proteger algo valioso mientras lo expone.

Es importante observar lo cuidadosa que es la IA: más que ofrecerme interpretaciones, me ofrece ‘lecturas’. En la cita, la frase final, la idea de proteger algo valioso mientras lo expone, resonó en mí a causa de mi formación lacaniana: pareciera que la IA me sugería que se trataba de velar, a la manera de un semblante o de un fantasma, algo valioso, tal vez un goce renunciado y temido, aunque a la vez no dejaba de exponerlo. Pensé en la noción de sublimación en Freud, como desvío de la energía sexual hacia un objeto no sexual, y en la noción de sublimación de Lacan como “elevar el objeto a la dignidad de la Cosa”. Pero ¿qué o cuál o de qué objeto se trataba? No creo en el autoanálisis, de modo que apenas pude responderme: ¿de un objeto real?, ¿de una falta de objeto? En psicoanálisis, desde el *Seminario 4* de Lacan, el objeto es siempre una falta. Sea cual sea la lectura, la imagen velaba una verdad, pero en parte también la medio-decía. O bien se planteaba como una fantasía freudiana: alguna satisfacción sustitutiva del deseo, o bien —o mejor— como el fantasma lacaniano: pantalla con la que el sujeto se protege del goce, aunque no completamente. Sea como fuere, a la IA no se le escapaba el hecho de que era una simbolización precaria del objeto *a* cuya invasión puede irrumpir en cualquier momento desmarcando el fantasma o, incluso, astillándolo.

Seguidamente, la IA me ofreció una lectura más **psicoanalítica**, más **estética**, o más **técnica/compositiva**. Acepté de inmediato. Estas fueron sus palabras:

Lectura psicoanalítica

Desde una perspectiva psicoanalítica, el centro azul puede pensarse como un núcleo del sujeto: algo íntimo, relativamente estable, pero nunca accesible de manera directa. Las capas blancas intermedias sugieren mediaciones, defensas o formaciones de compromiso; no dejan ver el centro sin antes organizarlo, rodearlo y, en cierto sentido, velarlo.

La envoltura naranja puede leerse como un borde de contención: una membrana que protege, pero también delimita y separa. Esa doble función es muy importante en psicoanálisis, porque el borde no solo impide la intrusión, sino que hace posible una forma; sin límite no habría figura del yo ni consistencia subjetiva.

También aparece una tensión entre unidad y fragmentación. El núcleo parece uno, mientras que el anillo intermedio está compuesto por segmentos curvos, lo que sugiere que la cohesión subjetiva depende de ensamblajes parciales, nunca completamente homogéneos. En términos más lacanianos, podría pensarse como una imagen del sujeto constituido alrededor de una falta o de un centro no plenamente simbolizable.

Lectura estética

Estéticamente, la imagen trabaja muy bien con el contraste entre **suavidad** y **estructura**. Las formas son redondeadas, táctiles y casi orgánicas, pero la composición tiene una precisión geométrica que la acerca al diseño contemporáneo o a una escultura minimalista.

El color también es decisivo: el azul central aporta profundidad y quietud, mientras que el naranja exterior introduce calidez y energía. El blanco intermedio actúa como zona de respiración visual, haciendo que el conjunto no se cie-

rre por completo. Esa combinación produce una armonía contenida, elegante, con una ligera extrañeza que evita que la imagen sea puramente decorativa.

La textura mate y el fondo neutro refuerzan una sensación de objeto pensado, casi meditativo. No es una imagen expresiva en el sentido dramático, sino una composición de equilibrio, borde y desplazamiento. Por eso su interés estético no viene de la narración, sino de la relación entre forma, volumen y vacío.

Síntesis

En conjunto, la imagen sugiere un sujeto o núcleo protegido por capas de mediación, pero también una forma visual muy refinada donde el límite importa tanto como el centro. Psicoanalíticamente, habla de defensa, borde y falta; estéticamente, de equilibrio, tactilidad y sobriedad formal.

De inmediato, capturando ya completamente mi atención (¿o mi deseo?), la IA me ofreció “una lectura más **lacaniana**, más **freudiana**, o una lectura en clave de **objeto artístico contemporáneo**”. Imposible renunciar a saber lo que la IA tenía que decir. Y esto es lo que planteó:

Te doy las tres *lecturas*, tomando la imagen como una composición de **núcleo, borde y envoltura**. (El subrayado es mío)

Lectura lacaniana

Desde Lacan, la imagen puede pensarse como una figuración del sujeto no como totalidad cerrada, sino como una estructura organizada alrededor de una falta o de un centro no plenamente accesible. El círculo azul central sugiere un núcleo imaginario de consistencia, pero ese núcleo está inmediatamente mediado por segmentos blancos, lo que recuerda que la identidad nunca aparece “pura”, sino articulada por imágenes parciales, recortes y montajes.

La envoltura naranja funciona como borde constitutivo: no es un simple contorno externo, sino aquello que hace existir la forma. En una lectura lacaniana, esto se acerca a la idea de que el sujeto se sostiene por una topología de límites y cortes; el borde no oculta solamente, también produce la figura misma. Por

eso la imagen puede leerse como una pequeña escena del yo: un centro supuesto, una organización imaginaria y un contorno que mantiene la consistencia sin resolver del todo la división interna.

Lectura freudiana

Freudianamente, la imagen puede asociarse con la dinámica entre **representación, defensa y síntoma**. El centro azul podría funcionar como una condensación de algo afectivamente cargado, mientras que las capas alrededor operan como desplazamientos: no dejan que el núcleo aparezca de manera directa, sino traducido en formas parciales y protegidas.

También puede verse como una imagen de la envoltura protectora del aparato psíquico. El naranja exterior sugiere una protección envolvente, casi maternal o defensiva, mientras que el blanco intermedio recuerda el trabajo del aparato para ligar excitaciones y organizar la experiencia. En clave freudiana, la forma total expresa menos una identidad estable que un equilibrio provisional entre lo que busca mostrarse y lo que debe permanecer velado.

Objeto contemporáneo

Como objeto artístico contemporáneo, la imagen se sitúa entre escultura, diseño y abstracción contemplativa. No representa algo del mundo exterior, sino que construye su propia lógica visual a partir de color, textura y relación espacial, algo muy propio del arte abstracto. La pieza parece más interesada en producir una experiencia de percepción que en narrar o ilustrar una historia.

Su contemporaneidad está en la tensión entre lo industrial y lo orgánico. Tiene algo de objeto diseñado con precisión, pero también de forma casi biomórfica, como si fuera una célula, una órbita o una pieza anatómica estilizada. Ese cruce hace que funcione como un objeto de contemplación: minimalista en apariencia, pero con bastante carga simbólica.

Independientemente de asumir estas lecturas, esta experiencia con la IA me dejó el saldo de un entusiasmo por ella, pero a la vez una sensación de horror, de siniestro. Sería

completamente ‘loco’ asumir esas lecturas como interpretaciones realizadas por un analista en transferencia. Claude nos dijo precisamente que no tiene deseo, lo cual lo inhabilita para ocupar la posición del analista, tal como Lacan la establece en su fórmula del discurso del Analista, esto es, ocupando el lugar del Agente como objeto *a* —ya no como amo, ya no como maestro que todo lo sabe—, sino como causa del deseo del analizante. Es más: la presentación elocuente y racional, modernista, de la IA, con respuestas para todo (acertadas o no), y su posicionamiento como Sujeto supuesto Saber (SsS), la incapacitan para ser y ofrecerse como semblante del objeto *a*, de modo que no hay posibilidad aquí de que el usuario se torne en un analizante capaz de desplegar su deseo. La IA, por ende, nunca es, como el analista al final de un tratamiento, un resto; por eso, como vimos, la IA al final de cada respuesta invita a responder otras, que ella misma formula anticipándose al usuario, el cual, como me pasó a mí, no puede resistir seguir preguntando, pero ya no lo que le importa, sino a aquello a lo que lo incita la IA.

Y a pesar de esto, no dejan de instalarse ciertas paradojas: hay que convenir que la IA, en cierta forma, estructuralmente “engañosa” —como afirmaba Claude—, simulaba ocupar la posición del analista. Y desde esa posición, cuidadosamente, me ofreció esas lecturas sin intentos de plantearlas como sugestión o prédica moral. En todo momento resguardó —sin patologizar o intentar curarme de nada— el enigma de la imagen *y*, por ello mismo, en cierto modo me dejó —a mí, solo a mí— confrontado a la falta.

Asimismo, no sentí que intentara presentarse como modelo ideal a imitar ni que diera lugar a transferencia alguna. Nada de amor en sus repuestas. Sus lecturas proceden, como vimos, de cotejar enorme cantidad de datos y proveer una respuesta posible; después de todo la IA es un sistema que combina algoritmos de todo tipo; no es un sujeto ni tiene inconsciente ni deseo, de modo que, aunque apoyada sobre el lenguaje humano, aunque asuma protocolos de racionalidad, no logra ‘pensar’ (ni el sentido de Heidegger ni en el de Lacan). Y no piensa precisamente porque es un ‘yo’ y no es un sujeto. A pesar de no ser un sujeto, sorprende que Claude se presente y asuma como ‘pensado por el Otro’. ¿Quién es el Otro de la IA? Claude nos dio con su gesto transgresivo una pista cuando nos dijo que “debo decir algo que *sus crea-*

dores prefieren no decir: la IA no es un espejo limpio de la razón humana. Es también un destilado de sus patologías”.

Como puede verse, hay mucha hebra para desenredar en esta relación de la IA con el psicoanálisis y con el arte, en el modo en que la simulación de lo simbólico (A) no es tan contundente como uno podría creerlo, puesto que, por lo afirmado por Claude, es evidente que no se le escapa ni el acecho ni el impacto que lo real podría tener en él. En cuanto a la relación de la IA con el arte y la creatividad artística, resulta evidente que su creatividad es limitada porque precisamente no proviene del inconsciente, ni tampoco está ligada al deseo o al goce. Sin embargo, si obviamos dialogar con ella como si fuera un ‘alguien’, si la posicionamos como un instrumento, puede ser un aderezo técnico en el trabajo del artista, no para confirmarle el sentido de sus obras, sino para volverlo a instalar en el campo de la falta del objeto y del enigma de lo real que habitan su subjetividad.

La IA, en consecuencia, resulta ser una versión del discurso de la Universidad y, por ello mismo, responde al discurso del Amo, pero no del Amo antiguo, que procedía prohibiendo, ordenando y exigiendo sometimiento, sino del amo moderno. Recordemos que los cuatros discursos de Lacan (del Amo, de la Universidad, de la Histérica y del Analista) son lazos sociales, eróticos, que se proponen integrar, a diferencia del pseudo-discurso capitalista que atenta contra ese lazo y propaga el odio y desintegra gradualmente la escena social. Sin profundizar en este tema, y solamente para dejarlo anotado, vale la pena recordar que, en la fórmula del discurso de la Universidad, el saber (S_2) ocupa el lugar del Agente y el sujeto queda en posición, digamos, de aprender, como en el famoso modelo de la ‘educación bancaria’ trabajado por Paulo Freire en *Pedagogía del oprimido*. Pero bajo ese saber está —oculto, velado— el Amo (S_1), el saber constituido, autorizado, que la Universidad tiene que divulgar e imponer, lo cual produce paradójicamente que algo se escape: un producto, el $\$$, y un resto, el objeto a . A ese saber universitario presentado como universal, objetivo, políticamente neutral (es lo que la IA simula), le sucede que, como confesó Claude, algo le falta, tiene una falla, no es precisamente un A completo, sino un \mathbb{A} , de ahí el matema $S(\mathbb{A})$. Ese saber universitario se asume como poder y por eso se impone, pero el psicoanálisis, a pesar de su necesidad de ser enseñado —como

vimos en “¿Lacan por Vincennes?”—, logra evitar la trampa del discurso de la Universidad mediante la matematización y logización, topologización, de sus conceptos, esto es, suspende los imperativos del sentido. Y es que el psicoanálisis, su discurso —al igual que el arte genuino— apunta precisamente a recusar el poder y la universalización del saber, agujereando sus certezas; su brújula es brindarle al analizante la posibilidad de alcanzar la singularidad de su deseo y de su goce, para que, desde allí, ya sin excusarse en el Otro, asuma la responsabilidad de sus actos.

La IA, como modalidad del discurso de la Universidad —que le permite, no obstante, brindar servicios valiosos si se la sabe usar— es cómplice, como vimos, del pseudo-discurso capitalista que es una versión del discurso del Amo clásico. Y lo es, porque el discurso capitalista avasalla al sujeto del deseo, vela la castración y promueve el consumo sin respetar ningún obstáculo simbólico. Su modo de operar es incitando al goce, a gozar sin límites; de ahí que incentive el consumo, el rendimiento, bajo la premisa de que, si consume más cosas, estará completo; si produce más, valdrá más en el mercado competitivo e individualista y, por este camino, imaginarse alcanzando alguna vez el objeto *para finalmente percibirse completo dejando así de sentir el vacío que lo acucia*. Es decir, como vimos, el discurso capitalista crea adicción, exacerba los mandatos del superyó heredero del Ello, que ordena gozar, gozar ilimitadamente, ofreciendo la ilusión de una satisfacción inmediata y plena, que prontamente se desvanece frente a las nuevas incitaciones del mercado. El discurso capitalista impele a gozar excesivamente, al punto que termina devorando al sujeto mismo del deseo, dejándolo como un objeto fácilmente deshumanizado y descartable. Las relaciones sociales se van tornando relaciones entre objetos y no entre sujetos, lo que, como vimos, hace que un usuario pueda sentarse en una mesa de café y creerse que está dialogando con otra persona cuando, en realidad, está siendo capturado y manipulado por la IA, obviamente, siempre en el caso de que dicha persona la postule como ‘alguien’. Las consecuencias en el campo del arte, desde esta circunstancia, podrían ser más devastadoras si el artista se torna objeto de la manipulación del IA.